Nora Restrepo, 67 años.
Amaya Murga Castro, 22 años.

El refugio del alma

¿Pueden las palabras entre susurros contener tal fuerza indescriptible que fluyan al exterior buscando un oído para escuchar? ¿Dónde se encuentra el refugio del alma? La vida es una sucesión de imágenes, de palabras, de sueños. Una continua lucha por encontrar nuestro propio camino. Con el transcurso del tiempo, vamos marchando a la espera de lograr la felicidad, construyendo nuestra propia historia.

Pese a la serenidad de la voz de Nora, su mirada perdida entre recuerdos refleja la lucha constante de una vida plagada de tragedias y de pequeños momentos de felicidad. Quizás, al analizar su pasado, comprobando las inimaginables verdades que le han ocurrido, mira vacilante hacia ese futuro incierto con temor, aunque con la esperanza de quien tiene todavía un sueño por cumplir.

Nora es el ejemplo de la supervivencia, de la lucha por la vida ante las atrocidades del destino. Hay quien dice que aquel que no sabe sentir, no vive. Pero Nora siente y ha sentido la vida de una forma muy intensa. El dolor del recuerdo sigue presente cada día mientras recibe diversos cursos para aprender pintura en tela, a hacer cinturones, bolsos y macramé en un centro de mayores al que suele acudir. El resto de la semana trabaja como acompañante de una mujer mayor que no se vale de sí misma. Acuden a misa, a pasear o sencillamente conversan. Pero esta bondad esconde una tristeza plasmada en su infancia y juventud en Colombia, tierra de la que conserva los momentos vividos con su familia, y los episodios más violentos que tuvo que presenciar. Su historia debe ser escuchada por el carácter tan humano de sus palabras.

Nacida en una localidad cafetera de Colombia llamada Manizales durante una época de inestabilidad social en el país, desde pequeña conoció la violencia y la inseguridad del día a día. Recuerda con especial tristeza cómo pasó repentinamente a la madurez con tan solo diez años, cuando fue realmente consciente de la sensación de miedo e incertidumbre ante las luchas políticas que amenazaban la tranquilidad de la población. No habla de ideas políticas porque todavía se pregunta cuáles fueron las causas del mal que llevó al país a esa situación de violencia callejera y extremada pobreza con la que convivió durante gran parte de su vida.

Su familia conocía las ideologías que se enfrentaban por el poder, pero ellos permanecían neutrales. Sin embargo, pese a que no buscaron problemas, en más de una ocasión tuvieron que salir a altas horas de la madrugada hacia el bosque simplemente con lo puesto. Huían de unos u otros, no había diferencia cuando se trataba de hombres con armas. Con voz temblorosa menciona uno de tantos sucesos que tuvo que vivir cuando era sólo una niña. Iban caminando por el campo cuando presenció por primera vez el cuerpo agonizante de un conocido que había sido atacado por un grupo armado organizado. Recuerda a su familia rezando por él mientras daba su último aliento de vida.

Episodios de tensión social se alternaban con breves etapas de prosperidad con el trabajo en varias fincas por parte de los suyos. Pero la repentina muerte de su madre a los treinta y cuatro años dejó a la familia en una profunda tristeza y a Nora al cuidado de nueve hermanos pequeños en una situación crítica. Su madre había sido maestra y entre los muchos recuerdos que conserva de ella, destaca la imagen que tenía de

una mujer amante de la escritura. Leía y escribía a todas horas. En la actualidad Nora continúa con la tradición que le inculcó su madre de escribir un diario en el que poder expresar todo lo que siente.

Sin embargo, no fue la única persona que marcó su infancia, puesto que otra de las figuras clave en su vida era su abuelo, por el que sentía una gran admiración. Con él viajaba la familia, siempre unida, buscando la estabilidad social y económica que tanto ansiaban.

La alegría también estuvo presente en esa época puesto que contrajo matrimonio a los dieciocho años y tuvo seis hijos de los que se siente muy orgullosa como madre y como mujer que ve cómo progresan con los estudios y aspiraciones en la vida.

Posiblemente otro de los momentos más críticos en su vida en Colombia, pasados ya varios años desde aquella primera tragedia, ocurrió la noche en la que apuñalaron a su marido porque no se involucraba activamente en el bando político que tenía el poder en aquellos momentos. La conclusión que sacó de este acontecimiento reafirmó su fe. Su marido sobrevivió y pudieron huir con su familia.

Hay historias que pueden pasar desapercibidas porque son ciudadanos anónimos quienes las han vivido, historias que pueden resultar inverosímiles, pero el caso de Nora resulta sobrecogedor por la tragedia que ha perseguido a su familia a lo largo de los años. Este es el caso de la mala fortuna que tuvo uno de sus hijos cuando, tras un gran esfuerzo, pudo salir del país para estudiar en Rusia con una beca. La larga distancia y la cultura tan diferente de aquel país con el comunismo instaurado no impidieron que su hijo se marchara para ver cumplido su sueño de continuar y terminar sus estudios. Tras cinco años allí, les fue a visitar a casa pero la delincuencia común le amargó el regreso. Cuando su hijo despertó en el hospital, le habían administrado escopolamina, una droga que incita al sueño y hace que quien la ingiera no recuerde nada de lo ocurrido, hecho que aprovecharon los ladrones para robarle todos los documentos, el dinero y el billete de vuelta a Rusia. Ahora Nora sonríe porque su hijo tiene el título desde 1984, pero aún recuerda cómo todos sus hermanos y familiares tuvieron que poner de sus ahorros e hicieron un enorme esfuerzo para mandarle con un billete nuevo de avión a Rusia.

Actualmente, y desde hace ocho años, Nora vive en España. Dos de sus hijas residen en Canarias y la trajeron al país con la idea de que tomara nuevos aires. Pero ese pequeño periodo de vacaciones se ha traducido en una estancia que puede ser definitiva, puesto que está a punto de obtener la nacionalidad española. Sin embargo, echa de menos al resto de su familia, todos los que se quedaron en Colombia. Le gusta su situación en España, pero no puede evitar recordar los fantasmas del pasado más reciente. Esas ganas de vivir que la ayudaron a continuar hacia adelante tantas veces, se vieron truncadas hace ocho años con la tragedia más fuerte de toda su vida. En lo más profundo de su alma se encuentra el dolor por la muerte de su hija en Colombia cuando ella ya se encontraba en España. Nelsi, una mujer soltera dedicada en cuerpo y alma a la lucha por la educación de los más desfavorecidos, moría atropellada por una motocicleta. Sin embargo, ella no es capaz de aceptar la versión oficial. Quizás sea la intuición de madre la que hace que mantenga la afirmación de que su hija murió asesinada por la delincuencia común. Esa relación tan especial con Nelsi, a la que admiraba por la solidaridad y la vitalidad que desprendía, murió aquella mañana a la salida de la escuela de la que era directora. El vacío que le dejó su hija no lo ha podido superar, pero sin embargo, ha

hecho que ahora tenga un nuevo objetivo en su vida. Los ahorros que poco a poco va acumulando los está destinando a la compra de una finca en Colombia donde poder recoger a los niños de la calle, huérfanos y pobres, para educarles como Nelsi había soñado hacer en vida. Es en honor a su hija por lo que está aprendiendo a hacer diferentes objetos: para poder enseñárselo a los niños, para que abandonen la delincuencia y se labren un futuro trabajando. Es Nelsi el motor por el que mantiene la ilusión de crear ese centro de atención a menores, el lugar en el que, quizás, pueda residir el refugio de su alma.

Lo importante de la vida

Nora se muestra tajante ante la pregunta sobre qué es lo que ha aprendido en la vida. En su caso, ella ha aprendido a sobrevivir, a salir adelante en los momentos de adversidad. Ha visto que existe la esperanza porque ella misma ha salido de muchas situaciones críticas como la huida de su marido y ella cuando iban a matarle una noche en Colombia, o el progreso de los hijos que han podido cursar sus estudios.

De la vida puede decir que es dura. Cada día daba gracias a Dios porque estaban vivos y se encontraban bien hasta que mataron a su hija, momento en el que el tiempo se paró y la felicidad con él.

La vida también le ha aportado una gran familia maravillosa, educada en valores morales y religiosos de ayuda a los más desfavorecidos, de conciencia social y solidaridad con otras personas. Son ellos los que merecen la pena de la vida sin ninguna duda.

Ahora tan sólo espera volver a reunir a su familia, encontrarse con ellos allá en Colombia o en España, aunque sabe de las dificultades que existen para poder traerlos a Madrid. Sigue la tarea que comenzó su hija, la idea de formar un centro de atención a menores en su país donde poder desarrollar las tareas humanitarias que tanto desea. Tiene una gran fe en conseguirlo. Espera seguir fabricando macramé hasta que ese momento llegue, seguir recibiendo las lecciones adecuadas para poder transmitirlo en un futuro no muy lejano a niños huérfanos de la calle.

Ahora vive por sus hijos y sus nietos y desea poder vivir con la tranquilidad que le ha faltado durante gran parte de su vida.